



El escritor irlandés John McGahern, en París, Francia, en 1989. (Fotografía: Ulf Andersen/Getty Images)

# John McGahern y la cotidiana tribulación

Stephen Murray Kiernan

<sup>1</sup> Traducción de Jesús Francisco Conde de Arriaga

SI SE PIENSA EN UNA CARRERA EXITOSA como escritor, entendida ésta como fama y cierta prosperidad económica, debemos tomar en cuenta que el lugar de nacimiento del novelista John McGahern no le fue favorable. Si bien tuvo a su lado maestros del cuento corto como sus compatriotas Sean O’Faolain, Liam O’Flaherty y Frank O’Connor, resintió, como ellos, la falta del prestigio que gozaron otros escritores de talla similar por la nula importancia de su país y porque sus partidarios y lectores eran pocos y no gozaban de fuerza literaria.

John McGahern nació y escogió vivir la mayor parte de su vida adulta en pequeñas granjas del interior de Irlanda. Sin embargo, un escritor no es sólo un fabricante en serie de personajes, diálogos y escenarios; si es claro en sus metas como creador de ficción, se espera que esté consciente de que ciertas circunstancias —como las atmósferas y el lenguaje que lo rodea— pueden ser aprovechadas como fuente de inspiración para combinarlo con su talento natural. Y McGahern conocía su entorno bastante bien. El mayor de siete hermanos tuvo como madre a una mujer que combinaba la administración de su granja con la enseñanza en una escuela primaria; su padre estuvo ausente la mayor parte del tiempo por su trabajo como policía en un lugar de Irlanda con nombre militar: “Las barracas”. Sus primeros años son tan parecidos a los de otros escritores irlandeses de su tiempo que parece que son pruebas obligatorias para los novelistas jóvenes: un trabajo “seguro” como profesor, la pérdida de éste porque su primera novela fue considerada pornográfica, traslado a Inglaterra para trabajar en construcciones y de vuelta a vivir en una granja para dedicarse de tiempo completo a la escritura.

La siguiente introducción puede ayudar al lector que no esté familiarizado con la sociedad rural irlandesa de la segunda mitad del siglo veinte a entender el cuidado que McGahern puso en los pequeños y cotidianos problemas de sus personajes, escritos con cierto lirismo dentro de un ambiente cíclico tanto de la agricultura como de la naturaleza.

Quando todas las praderas eran segadas se veían maravillosamente limpias y solitarias; el gran roble y los fresnos junto a los arbustos se erigían sobre las pilas de pasto cortado, los cuervos y las gaviotas descendían en turbas escandalosas para cazar ranas, caracoles y gusanos.

Las moras de los serbales a lo largo de la costa relucían con un color rojo tal que estaba claro el porqué se utilizaban para resaltar los labios de niñas y mujeres. Las ovejas y las vacas reposaban pesada y plácidamente en el pasto. Cada día se recogían, junto a las papas, rábanos, lechuga, cebollines, chícharos y habas.

Me gustaría señalar estos temas en la última novela de McGahern, *That they may face the rising sun*, publicada en 2002, cuatro años antes de su muerte por cáncer a los setenta y un años. Como es constante en su obra, este libro no es ostentoso: la narración es breve y sus personajes tienen predominantemente obligaciones, ambiciones y limitaciones ordinarias. De cualquier modo, lo que sobresale es la descripción del lugar. Es una tierra llena de insectos, pájaros y peces; grandes árboles, pasto y, sobre todo, un lago, lugar de arcoíris, reflexión y abundancia.

El agua era cristalina, reflejaba el cielo a cada lado de un centelleante río de luz de un sol en ascenso. Los arcoíris estaban tan rotos como el clima, aparecían aquí y allá en líneas o brillantes manchas de color en el cielo caprichoso. Cuando la lluvia no humedecía las hojas o los techos, el aire era tan pesado que respiraba lluvia. El lago era un enorme espejo vuelto hacia la profundidad del cielo, conteniendo sus luces y colores.

En medio de todas estas poblaciones, ocupados en sus necesidades de alimento, reproducción y seguridad, la gente común de la campiña irlandesa realiza sus deberes con un cuidado y una solemnidad típicas de esas regiones.

Ella perdió a un buen esposo después de criar a su familia, y como yo, no pensaba que fuera bueno vivir sola. Los jóvenes en ocasiones encuentran difícil entender que los mayores necesitan las mismas cosas, comodidades y placeres que ellos.

Hay un énfasis en el tacto, en la vista, en las voces y aromas de la región que se convierten en una celebración, aunque McGahern mantiene el control al conservar la claridad de una prosa estilizada, pero no exagerada, y en consecuencia es una celebración más realista que romántica, aunque cierto romanticismo esté presente. Hay tanta abundancia que a menudo la gente no es obligada a trabajar ya que los animales de granja crecen sin su ayuda al alimentarse con el pasto. Al mismo tiempo, incluso ahora, aquellos con dinero recuerdan los malos tiempos recientes. Algunos tienen la sensación de estar en un buen lugar en un tiempo generoso, pero mantienen cierto escepticismo, esa duda que es parte de la definición de la felicidad humana incompleta. De hecho, en cierto momento, dos personajes son descritos cuando toman vagamente consciencia de que “no hay certeza de lo que constituye la felicidad o la infelicidad del otro”. Más adelante, otro personaje piensa, ayudado por el whiskey, que un paseo acompañado alrededor del lago le ha otorgado la experiencia de una alegría profunda, y combate este sentir pensando que “la felicidad no puede buscarse ni atormentar al ser ni incluso ser totalmente comprendida; debe permitírsele su propio ritmo hasta que pase completamente inadvertida, si es que alguna vez llega”.

Probablemente haya en esta propensión a no aceptar tan fácilmente la felicidad cierta conducta aprendida de las enseñanzas de la iglesia. De modo inevitable están presentes las prácticas católicas, tanto como una obligación social como un gesto de piedad y fe. En la novela de McGahern se habla de la casa tradicional y de “la virgen sonriente, la sangre que se derrama de la corona de espinas”. Incluso el hecho de que la gente no tenga ni los recursos ni el interés por cambiar los enseres domésticos significa que, en un sentido estrictamente material, ellos viven, al menos en su cotidianidad, casi en el pasado. Muchos de ellos preferirían que las cosas se mantuvieran siempre iguales, la súplica eterna de los padres que desearían ver a sus hijos siempre del mismo modo.

Por su rostro parecían atiborrarse sensaciones y pensamientos: era como si le doliera acariciar y recoger y asimilar todos esos intermitentes años de cambio. ¿Cómo es posible reunir y besar el tiempo cuando sólo hay carne?

La novela es un viaje a través del tiempo, pero en lugar de mencionar el devenir cronológico de días, meses y estaciones, presenta una sucesión de escenas que muestran el nacimiento, el esplendor, la decadencia y los restos de plantas, animales y atmósferas. Por ejemplo, esta descripción del verano que casi cierra la novela:

Los pájaros serpentean en el aire y llevan pequeñas ramas en sus picos. Un cisne melancólico toma su lugar en un trono entre los carrizos. En la orilla el agua se ensortija con la vida de la freza de los lucios y los sargos. Un gato negro, atento, se sienta en medio del desove y la agitación del agua.

McGahern fue parte de una tradición en la que se inscriben O’Faolain y O’Flaherty, quienes la escribieron así porque sus espacios vitales estaban colmados de tormentas y lluvia, coloreados por los verdes del pasto, el amarillo del heno, las grisáceas nubes y el color de la tierra; movidos al paso cansino de vacas y ovejas, con los peces encrespando los lagos y ríos y el nervioso vuelo de aves solitarias o parvadas de ellas. Y la gente podía sentirlo y trastocaba su manera de hablar, la velocidad y el rumbo de sus pensamientos, sus momentos de alegría y sus arranques de pesadumbre y rencor.

Por supuesto, los críticos dirán que, por lo mismo, McGahern está pasado de moda y es “el último de su estirpe”. Sin embargo, la imponente estética de un entorno natural, debe de ser tomada en cuenta de algún modo. Para escritores con la sensibilidad de McGahern, reducir la presencia de la naturaleza —animales, plantas, clima, ciclos— sería engañarse ante la realidad, cegarse ante sus colores, sin olfato para percibir sus aromas ni oído para sus voces y murmullos. En otras palabras, sería no decir la verdad como el autor la percibe. 